

BONN Y EL HACHA DE GUERRA

Un cierto conjunto de acontecimientos suceden en Alemania Federal. El Presidente Luebke se va, el partido nazi —N. P. D.— ha sido declarado fuera de la ley en Berlín, el canciller Kiesinger advierte al Parlamento que hay que seguir mejorando las relaciones con la URSS, mientras su vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, se entrevista largamente, en Nueva York, con Gromyko —el primer encuentro en muchos años de un ministro federal y un ministro soviético de Asuntos Exteriores— y, en general, parece como si los alemanes que desenterraron prematuramente el hacha de la guerra en los días más amargos de Checoslovaquia la volvieran a enterrar, pero ahora un poco más profundamente de lo que estaba antes. Algo pasa en Alemania Federal. Se diría, más bien, que algo pasa en los Estados Unidos, de lo que esto es un reflejo. El 14 de octubre, un grupo de ciudadanos holandeses, reunidos, decidieron pedir que se les deje votar en las elecciones americanas. No es justo, dijo uno de sus oradores, que sólo la población de los Estados Unidos, que representa el 1,5 de la del mundo, elija al hombre de cuyas decisiones dependen todos los demás, en materia de guerra y paz. «El Presidente de los Estados Unidos se mezcla en nuestros asuntos. Mezclémonos nosotros en los suyos». Hay algo más que ironía en esta frase. Lo que está pasando en Alemania Federal es un reflejo de lo que está pasando en los Estados Unidos. Es una deflación de la moral de guerra. Es un miedo al abandono.

El secretario adjunto de Estado, Katzenbach, ha explicado ahora en la Asamblea Parlamentaria de la Unión Europea Occidental, reunida en París, algo de lo que pasa. Los Estados Unidos, dice, se enfrentan cada vez más con problemas graves de índole interior, y esto les obliga a ceder en su presión sobre el resto del mundo. Su eufemismo es que su papel va a ser «más selectivo». «Los Estados Unidos entran ahora en un período de autoanálisis, de autocrítica y de algunas dudas (...). Creo, por lo tanto, que el papel que deseábamos, o podíamos, representar en el mundo va a cambiar (...). Nuestra participación va a ser menos amplia y más selectiva de lo que ha sido en los últimos años». Katzenbach no habla por sí mismo. Es una consigna. Los candidatos a la Presidencia no están diciendo otra cosa. Se trata de un principio de «sálvese quien pueda». Que cada uno se ayude a sí mismo. En las listas de bajas de la guerra del Vietnam, de las últimas semanas, ha descendido la proporción de soldados norteamericanos. Se dice que es un principio de retirada de los centros de operaciones. Algunas bases, algunos puntos de resistencia, están siendo entregados a los sudvietnamitas: que se arreglen ellos.

Nada podía inquietar tanto como eso a Alemania Federal, que está en un momento también autocrítico. La autocrítica se centra en su sistema militar. Consideran que la reconstrucción se ha hecho mal y pobremente, se ha hecho a la manera en que se construyeron antes las fuerzas indígenas en las colonias, contando con la metrópolis. Tiene 450.000 hombres bajo las armas, pero carece de oficiales. La industria privada paga mejor: atrae a los jóvenes y tienta a los veteranos a retirarse para ocupar puestos civiles. Un especialista del Pentágono dice que «los alemanes carecen de la infraestructura de comunicaciones, artillería, transporte y otros medios logísticos necesarios para la guerra». Un funcionario de Bonn encuentra que «los soviéticos han demostrado que, sin necesidad de ningún esfuerzo adicional a su actual situación militar, pueden lanzar un rápido ataque y destruir la totalidad de Alemania occidental» (reproducción citada de «Newsweek», 21 de octubre). Ha sido el análisis de estado mayor de los movimientos soviéticos en Checoslovaquia lo que ha producido esta autocrítica militar alemana, y son sus conclusiones las que han llevado a pedir rápidamente a los Estados Unidos un refuerzo en su postura. La respuesta es negativa. El Ejército alemán es el más importante de Europa occidental. La defensa de Europa occidental, estudiada ahora en las reuniones de la OTAN, parece imposible sin una mayor participación de los Estados Unidos. Los Estados Unidos muestran que, por el contrario, tratan de restringir esa ayuda. «Los Estados Unidos no desean negociar al margen de los europeos, pero nadie nos puede pedir que subordinemos lo que consideramos como intereses vitales para la paz mundial y para la estabilidad a los consejos dispersos de una Europa occidental frecuentemente incierta», dice Katzenbach. Apenas hay necesidad de traducir esta frase a términos normales, que serían éstos: «No subordinaremos nuestros intereses a los de ustedes». Esta advertencia da mayor valor a lo que De Gaulle dijo recientemente a Kiesinger, en su entrevista de Bonn, que en lenguaje casero equivale a un: «Ya se lo había advertido yo a ustedes». Habrá que esperar la reunión adelantada de la OTAN,



CONVENIA QUE LUEBKE SE RETIRARA ANTES DE QUE COMENZARAN LAS ELECCIONES GENERALES.

en Bruselas —fijada ya para el 14 de diciembre—, para tratar de ver las verdaderas tendencias.

Kiesinger ha examinado su propia situación. No le ha gustado. Ha tratado de conseguir más dinero para el Ejército. Lo ha conseguido, y ahora se le esfuma. Se lo llevan sus propios aliados, los Estados Unidos. El presupuesto militar alemán federal equivale a unos 4.500 millones de dólares. Ha conseguido 1.000 millones más. El aumento de la tasa de ocupación de los Estados Unidos se lleva la mayor parte. Si Alemania occidental renuncia a pagar, los Estados Unidos se llevan, limpiamente, sus soldados. Si paga, es a costa de empobrecer su propio Ejército. En principio, parece haber decidido una cierta reconversión de su política o, más bien, un regreso a la «apertura al Este», que había iniciado mediante su alianza con los socialdemócratas de Willy Brandt, y que en un momento de júbilo creyó que podía abandonar cuando la invasión de Checoslovaquia le hizo creer que volvían los buenos tiempos de la guerra fría.

La decisión no es, claro, solamente suya. Cuando las autoridades locales de Berlín-Oeste han decidido declarar fuera de la ley al partido nazi, no han hecho más que adelantarse a una decisión que iban a tomar por su cuenta los comandantes de las tres naciones ocupantes. Digamos los Estados Unidos. La prohibición en Berlín puede continuarse probablemente con una prohibición en el territorio federal. Era una de las aspiraciones soviéticas, expresadas en un memorándum bastante duro al gobierno de Bonn. La ha conseguido. La dimisión del Presidente de la República, Luebke, parece que se debe considerar inscrita en esta lista de acontecimientos. Luebke alude a un principio técnico. Las elecciones presidenciales no deben coincidir con las elecciones generales; por consiguiente, es mejor que se retire antes de esa fecha. En los Estados Unidos coinciden, cada cuatro años, elecciones presidenciales, senatoriales, de la Cámara de Representantes y de los Gobernadores de Estado, y no se han presentado hasta ahora objeciones. En Alemania Federal la coincidencia se ha presentado ya sin producir problemas. La cuestión Luebke es, sin duda, otra. Es un personaje sobre el que han caído acusaciones de nazismo. Se han encontrado pruebas de que, como arquitecto, trabajó durante

EN PUNTO

la época nazi en la construcción de campos de concentración. Le denunció la URSS, le denunció Alemania del Este, sin que estas denuncias prosperasen. Pero un día le denunció la prensa Springer, el monopolio más fuerte de la información en Alemania. Luebke tuvo que comparecer ante las cámaras de televisión para defenderse, lo hizo mal y torpemente, lo hizo con la imposible defensa del «no recuerdo nada». No parece que en realidad Luebke haya tenido en su vida nada comparable a un nazi —Kiesinger tiene mucho más y su actuación en la época hitleriana fue más importante—, ni su puesto de Presidente de la República Federal tiene importancia real. Es más bien un símbolo. Pero, precisamente, los símbolos deben ser muy puros. He lo aquí, sacrificado.

Se dice que va a sucederle Schröder. ¿Por qué se puede predecir así el resultado de unas elecciones que no se celebrarán hasta julio? Porque, por ahora, los socialdemócratas no desean el puesto, y porque, por lo tanto, saldrá elegido quien decida la democracia cristiana. Los socialdemócratas están presionados por su ala izquierda, que les reprocha ya formar parte de la coalición. Creen que no vale la pena haber estado durante años sosteniendo una política de oposición para al final, cuando el barco de la política gubernamental se hunde, ir a complicarse en la defensa de lo que pierden sus enemigos. Una Presidencia federal podría significar cubrir con un cargo puramente simbólico las actividades del partido oponente. Hay quien cree, sin embargo, que un hombre fuerte podría cambiar el sentido de la Presidencia de la República, y hay socialdemócratas que proponen el nombre de Heinemann para la candidatura. Heinemann, como símbolo, es puro. Ha sido un antinazi, un resistente, y parece que lucha contra la supervivencia de criminales de guerra y de personajes hitlerianos en la administración actual. Si la tendencia es socialdemócrata, Heinemann será su candidato. Si reserva sus esfuerzos para las elecciones legislativas, el puesto estará libre para un cristiano-demócrata. El candidato cristiano-demócrata sería el actual ministro de Defensa, Schröder. Schröder pasa por ser, con Strauss, uno de los hombres más duros de la democracia cristiana. Relegado a la Presidencia, y si no convertía ésta en otra cosa, dejaría de ser una amenaza. Sobre todo, dejaría de ser una amenaza para Kiesinger, que ve en él su posible sucesor, y que le considera hoy como la mayor oposición dentro del partido a la mejora de relaciones con el Este.

Estos acontecimientos deben estar produciendo una notable satisfacción en Moscú. Para quienes dentro del Kremlin sostuvieron la tesis de la invasión necesaria de Checoslovaquia, es una justificación. Es la prueba de que su acto ha dado algún resultado positivo, y pueden alegar que este lenguaje ha sido el único que hayan podido entender, hasta ahora, los alemanes federales. Sostiene la nueva doctrina exterior soviética, a saber: que el campo socialista de Europa no podrá tomar ninguna decisión ajena a la línea general de Moscú. Dicho con las palabras de Kiesinger ante el Parlamento, que «la Unión Soviética tiene el derecho de preservar el carácter socialista de cualquier país y de regular las relaciones entre Estados socialistas y no socialistas». Parece ser que esto es lo que Alemania Federal ha concluido de las conversaciones Gromyko-Brandt, en Nueva York. Lo que significa esto para Alemania Federal es particularmente grave. Significa que no debe esperar conseguir por sí misma la reunificación con Alemania del Este, que es un país socialista incluido en el mundo soviético. La desasistencia de los Estados Unidos se lo ha confirmado. Kiesinger aparece ahora a la defensiva: «Quiero alejar la acusación de que nosotros deseamos alterar al statu quo actual por una guerra de agresión...». «No ha sido nunca, ni lo es ahora, nuestro deseo influir en las relaciones dentro del campo socialista, ni las relaciones internas de países socialistas individuales, ni sus relaciones entre sí, ni ideológica, ni política, ni militar, ni económicamente». Parece que, por su parte, Gromyko ha dado algunas seguridades a Willy Brandt en el sentido de que no pretendía la URSS victimizar a Alemania Federal.

Empezamos a masticar ahora algunas de las consecuencias internacionales de la invasión de Checoslovaquia. ¿Son un cambio de era? Son un cambio de coyuntura. Son movimientos tácticos. No se puede decir, tampoco, que la invasión de Checoslovaquia haya producido estos cambios de coyuntura, sino que está inscrito en ellos, que se ha hecho sabiendo lo que se hacía, dentro de qué mundo se hacía. Los soviéticos han parecido despreciar el aspecto moral de la cuestión —el sacrificio de Checoslovaquia—, en una medida similar a la que parecen mostrar los Estados Unidos en el desprecio del aspecto moral de las cuestiones que plantean Alemania Federal y la Europa de la OTAN.



**EL FIN
DE
LIU
CHAO-CHI**

No ha constituido precisamente una sorpresa el anuncio de la forzada dimisión del hasta ahora presidente de la República Popular de China. En efecto, desde los comienzos de la revolución cultural, Liu Chao-Chi —a quien inmediatamente se le aplicó el calificativo de «el Krushev chino»— conservaba difícilmente su puesto en la Presidencia de la República y en el Partido. Uno de los más antiguos compañeros de Mao Tse Tung, Liu, sucedió al artífice de la revolución china como presidente de la República en 1959. De 1943 a 1954, el ahora depuesto presidente ocupó la Secretaría General del Partido, y, en 1956, la Vicepresidencia del Consejo. Abiertamente opuesto a la idea de la revolución cultural, Liu Chao-Chi fue acusado de revisionismo, y su libro, «¿Cómo ser un buen comunista?», tachado de contrarrevolucionario. A sus setenta años —y al tiempo que el impulso dado por Mao a la revolución parece haberla consolidado en esta línea— le llega el retiro político a Liu Chao-Chi; un retiro que, a juicio de los expertos, coincide con el fin de la revolución cultural.



**LeMAY
CONTRA
EL SUPREMO**

Las andanzas del general Curtis LeMay, vicepresidente en la candidatura de Wallace, constituyen el único elemento anecdótico en el gris panorama electoral americano. LeMay se ha ido al Vietnam en secreto. Wallace, parece, se ha enfurecido. Esa visita podía haber sido una excelente cuestión de propaganda. Finalmente, el carácter secreto de la visita ha traído más propaganda aún hacia el grupo Wallace-LeMay. A su regreso, el general ha atacado duramente al Tribunal Supremo del país. Le ha acusado de ser el principal auxiliar del crimen en el país. LeMay se queja de que la justicia limita demasiado los poderes de la Policía, y que ello constituye la principal oposición al reino de la «Ley y el orden» que proclama el slogan electoral de Wallace, como el de Nixon y como el de Humphrey. Aludiendo a los pacifistas, les ha acusado de belicistas: «Son ellos los que, al no dejarnos ganar la guerra del Vietnam, hacen que esta guerra se prolongue innecesariamente. Son precisamente ellos los belicistas». LeMay no hizo ninguna alusión a la existencia de algunas otras fuerzas, como podrían ser las guerrillas del Vietcong y el Vietnam del Norte, que hacen difícil que los Estados Unidos ganen esa guerra.